

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Ses.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

UN OBISPO IN PARTIBUS

¡Vaya si conozco al Excmo. Sr. D. Ifigenio Pérez Dávila, Hurtado de Mendoza, Ruiz de Salazar, etc., etc., por su propia gracia (ante las damas) y la Santa Sede Apostólica, obispo de Micópolis *in partibus infidelium*! ¡Como que hemos jugado al toro muchas veces en la plaza del pueblo! ¡Y cómo rabiaba su tío el cura cuando le llamaba desde la ventana de la casa parroquial y el chico respondía como quien no le da la gana!

Maldita la vocación que Ifigenio sentía por la carrera eclesiástica; pero D. Froilán era un pedazo de atún que no alcanzó á comprender que todos los rezos y mojigaterías de su sobrino no tenían otro objeto que sacarle algunos cuartos, que buenamente se gastaba con nosotros. ¡Me declaro encubridor de pseudo-misticismo!

Un día, bien me acuerdo, estábamos jugando bajo el empujamiento de la puerta de Ifigenio, cuando salió su tío, en la mano izquierda el Breviario medio abierto, sirviéndose del dedo índice como registro, y en la derecha una cañita con que acostumbraba á darle algunos golpes, que, á decir verdad, nunca le hicieron sangre. ¡Le quería como á un hijo!

— ¡Parece mentira que tengas humor para jugar! ¡Anda, que ya te arreglarán en el Seminario! — le dijo.

Y efectivamente, al siguiente día se presentó un arriero encargado de llevarse el presunto cura, el cual no sabía si reír ó llorar.

Pasaron dos años, tres, creo que fueron cuatro, hasta el día que Ifigenio regresó á la aldea.

Venía completamente transformado. Había crecido extraordinariamente, empezaba á sombriearle el bozo, é iba vestido de *ministril*, como nosotros llamábamos á los que vestían á usanza de la ciudad.

¡No crean ustedes que, á pesar de ser muy amigos, me gustó el regreso de Ifigenio! ¡Y tenía mis razones para ello! Mi novia María pasaba por ser la chica más hermosa del pueblo, y como esos señoritos dicen las cosas de un modo tan... así... ¡Vamos, que no me gustaba!

Y ¡ay! resultaron ciertos mis temores.

Al quinto día de su llegada, me plantó mi novia unas calabazas como unos soles. Al séptimo no descansé (como dice el Génesis que Dios hizo) hasta cerciorarme del asunto con todos sus pelos y señales.

La fuente del Castañar es la única de mi pueblo que reúne buenas condiciones potables. Desde que el Sol empieza á declinar hasta las ocho de la noche, acuden las muchachas con sus cántaros, que, una vez llenos, colocan en perfecto equilibrio sobre la cabeza y tornan á su casa cantando, charlando, haciendo, en fin, lo que les da la gana.

Después de las ocho, ni Cristo pasa por allí, temerosas aquellas pobres gentes de no sé qué brujas y duendes que se reúnen en aquel sitio á tratar de sus cosas, llevando los adminículos propios del arte, como velas, escobas, alquitrán... y ruedas de molino.

Dirigíme allá, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver á mi novia, medrosa como el mismo miedo, dirigirse á la fuente acompañada por el seminarista, y!...

¡Pero qué tristán estaba mi buen Ifigenio la víspera del día en que cantó su primera misa! Suspiro va y suspiro viene, lagrimita furtiva por aquí, restregoncito de ojos por acá, miradas frecuentes á la casa de mi novia.

Yo le contemplaba desde cerca; pero, al ver que María se acercaba, me oculté convenientemente para escuchar sin ser visto.

Llegar junto á su novio, arrojarle en sus brazos y empezar un dúo de besos de marca mayor, todo fué uno. Excuso decir si yo me divertía.

Después dieron principio las recriminaciones.

— ¿Me abandonas? ¿Qué va á ser de esta desventurada? Y no lo siento por mí, sino por...

— ¿Qué quieres que yo le haga? La Iglesia... los votos... ¡Yo bien quisiera... pero mi tío!...

— ¿Qué has de hacer? ¿Y me lo preguntas? Oponerte á los deseos de tu tío... no irte á Filipinas... buscar una parroquia... ¡Viviremos juntos! Seré tu criada, tu... cualquier cosa.

¡Dios mío! ¡Cuando se haga pública mi deshonra!... ¡Pero no te irás! ¿Verdad que te quedas?

— Imposible. Aquí nunca saldré de simple cura. Allí una canongía por de pronto; después... ¿quién sabe? ¡No te olvidaré! ¡Contigo se queda mi corazón!

(Lo que se queda con ésa, decía yo para mis adentros, es...)

Antes de marcharse tuvo la poca vergüenza de escribirme diciendo que, pues me dejaba el campo libre, podía casarme con María.

Esta desdichada huyó del pueblo para no ser blanco de la maledicencia pública. Supongo que el fruto de aquellos amores irá á aumentar el catálogo de los infelices que yacen sin nombre, sin cariño, sin esperanza en las Inclusas... En cuanto á la madre, no he vuelto á saber de ella.

Doce años después, los periódicos religiosos publicaban la siguiente noticia:

«En el próximo correo llegará á Barcelona el virtuoso D. Ifigenio Pérez, obispo preconizado por Su Santidad con el título de *Micópolis in part. inf.*»

JOAQUÍN G. LOSADA.

Ayuntamiento de Madrid

PRECAUCIÓN INÚTIL

El arzobispo de Santiago, en vista del incremento que va tomando el latrocinio rural, que casi se iguala con el cortesano á pesar de las santas misiones y el incremento que toman las moralizadoras órdenes religiosas, ha solicitado que se autorice á los párrocos de su archidiócesis para el uso de armas.

Acaso el príncipe de la Iglesia, llevado de su natural bondadoso, ha creído útil una cosa que, á mi parecer, humilde ó soberbio (según los casos), es, ó perjudicial en grado sumo, ó de una inutilidad perfecta.

¿Qué uso podrán hacer de las armas esos santos varones que, piadosamente pensando, no han manejado más que las espirituales, ni reñido más batallas que las del Señor... contra la impiedad, el liberalismo y otros errores?

Digan lo que quieran los enemigos de la Iglesia, apostaría una oreja del cura de mi pueblo (á quien aprecio mucho), á que no hay entre los subordinados del arzobispo compostelano ni un solo presbítero que sepa meter una bala en el cuerpo de un prójimo á diez metros de distancia.

Pues si bien es cierto que hubo muchísimos desgraciados que deshonraron los venerandos ropajes eclesiásticos, mezclándose entre las hordas caribes de un Pretendiente que toma á España como un filón para sostener baronesas más ó menos auténticas y bailarinas de indisputable autenticidad, de fijo que, al terminar la campaña, les quitarían los prelados las licencias por haber contribuido á derramar ó haber derramado por sí mismos la sangre de sus hermanos.

Pensar otra cosa, sería injuriar á los virtuosísimos prelados españoles, enemigos declarados de todos los que se entregan á los horribles crímenes de robar, violar, asesinar é incendiar.

Y no habiendo en aquella diócesis, como en ninguna de España, presbíteros que sepan manejar un fusil, ¿para qué ponerlo en sus sagradas manos? Una frágil caña en las de un niño, sería arma menos inofensiva.

Por lo tanto, pareceme que ese ilustrísimo señor se ha equivocado de medio á medio, y que, en vez de formar milicias sagradas, debe solicitar que se rodeen de Guardia civil las casas parroquiales para que no vuelva á tenerse noticia de un robo sacro.

Es posible que á los párrocos no les agrade esta medida, porque á nadie nos gusta tener vijías permanentes para saber si entramos ó salimos, si lo hacemos á tal ó cual hora, si solos ó acompañados, si con las manos ocupadas ó vacías.

Pero ¿qué remedio? Cuando se trata de garantizar respetables intereses, no debe repararse en pequeñeces de esta naturaleza.

Además, el señor obispo tampoco ha pensado

en que pudiera haber trasconejado en cualquier sacristía un cura *trabucaire*, y darle un arma podría traer fatales consecuencias.

Un cura con un fusil, debida y legalmente autorizado, se basta y se sobra él sólo para dar cuenta, no digo de una población, de una provincia.

Renuncie, por lo tanto, su ilustrísima á su inocente cuanto terrible propósito, y se hará digno de ocupar con el tiempo un altar. *Amén.*

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

No ha sido de las peorcitas la *juerga* que han corrido unos frailecos que se hospedaban en Castalla (Alicante).

Entraron en la villa con charanga, repique de campanas, etc., y los días que allí permanecieron, no se interrumpió el alborozo místico: procesiones públicas, funciones en el aprisco sacro, sermones... Pero esto de los sermones merece párrafo aparte.

Existe en Castalla un sacerdote secular, que, por razones que no son del caso, no ejerce su ministerio hace años, y á pesar de esto, ó más bien por esto, observa una conducta intachable. Antes de llegar los del cerquillo, el párroco envió con el sacristán un recado á dicho presbítero para que saliese á las afueras del pueblo á recibir á la *santa misión*.

Su contestación fué muy oportuna: «Dígale usted al señor cura que, en cinco años que no ejerzo el ministerio, el hábito clerical se ha echado á perder, y, por lo tanto, carezco de traje para un acto tan solemne.»

El *parroquidermo* se puso en cuatro pies al oírlo, y en cuanto llegaron los frailes les contó lo sucedido. Trepó uno de ellos al púlpito, y empezó á insultar y aun á calumniar al sacerdote que no se había prestado á servir de comparsa en el sainete.

Al día siguiente, porque los frailes son insaciables en sus venganzas, subió otro á la cátedra de Perico, y rogó á los fieles que no faltaran al sermón que pronunciaría el lunes, «para que supieran cuál era el pecador más grande que había en el pueblo.»

Y efectivamente, al otro día, estando la iglesia atestada de tontos y pillos, aludió embozadamente al cura, y encargó que no le permitieran frecuentar sus casas.

¿Qué tal el lenguaje de estos caritativos *trabucaires* disfrazados de frailes? Creo que es tiempo ya de pararles los pies, para evitar que conviertan los púlpitos en cátedras de discordia, difamación y calumnia.

Y menos mal si se atacaran unos á otros, consecuentes con el dicho de que el mayor enemigo de un cura es un fraile, y el mayor enemigo de un fraile, otro; pero, como á lo mejor se meten con las personas, hay que ver la manera de acabar con esos predicadores de la legua.

Y siempre que rebuznaba,
las borricas le entendían.

T. DE MOLINA.

Junto á aquellos breñales de San Lorenzo de Pena, bajo el rústico techo parroquial, oculto como fragante violeta, vive un orador sagrado de primera fuerza, oreado por las auras, engordado por las chuletas y acariciado por las beatas.

Y allí permanecería entregado á su vida pastoral, desconocido del común de las gentes, si Dios en su infinita misericordia no hubiese hecho llegar á mis oídos los trompetazos de su fama.

Pronunció unos discursos que, aunque algo inferiores á las filípicas y catilinarias, son mucho mejores que los exabruptos de Bocos y las arengas de Molina.

Es un diamante en bruto; un chorrillo de ideas así así; un genio de mil demonios.

¡Y cómo se enzarza con los republicanos! ¡Y qué cosas más peregrinas les cuenta á sus feligreses! ¡Y cuánto disparate suelta por aquella divina boca!

Un domingo, después del ofertorio de la misa, y desde el mismo altar por no perder tiempo, se puso á comentar los sucesos del 19 de Septiembre en Madrid, y aquello fué un derroche de elocuencia. «Señores, dijo; los republicanos intentaron levantarse en Madrid; pero los han aplastado y llenado con ellos las cárceles. Pidamos á Dios que la Reina Mercedes (así está en Historia contemporánea) reine por dilatados años para que los siga aplastando.»

¿Se explica el *curi-asno*? Acaso alguien diga que en su oratoria sobran relinchos y falta caridad; pero ése se equivoca. Precisamente la caridad es su virtud culminante.

Tiene una madre, anciana de ochenta años, y á fin de que disfrute los primeros albos matutinos, fuente de salud y pulmonías, la hace levantar con el alba y que trabaje, ya que el trabajo es un deber para todos los que no chapurramos misas.

De los trapicheos que dicen si tuvo ó no tuvo en otro curato con una *sobrina* más ó menos auténtica, no sé una palabra; mas procuraré enterarme para tener al corriente á mis lectores.

Una joven, residente en Asumaces, provincia de Orense, ha contraído matrimonio con un portugués.

Iba á servirles de padrino un vecino del pueblo, á quien el *parrocán* debía cinco duros, y sospechando éste que aprovecharía ocasión tan favorable para satisfacer los gastos de la boda sin dar un real, envió por la mañana temprano un recado de atención á la novia diciéndole «que, si no le entregaban anticipadamente cuarenta y dos reales y un cabrito, no había casorio.»

Con gran prudencia y mejor consejo, los novios se hicieron los suecos, y acompañados del padrino, parientes y demás, se encajaron en la iglesia, decididos á que los casaran.

Después de algunos dimes y diretes y de prometer el padrino que, acabada la ceremonia, abonaría los cuartos, el *parrodogo* celebró los santos oficios y bendijo la unión de la pareja.

Terminada la ceremonia, el padrino enseñó al *curanfio* un duro, y volviéndose á meter en el bolsillo, le dijo: «Señor abad, uno que hago intención de darle, y que no le doy, y cuatro más, son cinco; los mismos que usted me debe, y en paz.»

Y aquí fué Troya. El *curaza*, lleno de unción evangélica, y dando muestras de aquella humildad de que tan gran ejemplo dió el Maestro, comenzó á apostrofar al padrino, dirigiéndole insultos y frases soeces, cual no las pronunciaba un carretero.

Advertido por el padrino de que la casa de Dios no debía ser profanada con tan gran escándalo, el representante de Cristo se terció los manteos, arremetió con él y le invitó á salir al campo á saldar aquella cuentecita.

El padrino aceptó el reto, y, á no haber sido por la intervención de los concurrentes, posible es que á estas horas estuviera el *cuervo* con un alón de menos; intervención que celebro, pues hubiera sentido mucho que se comprometiese un hombre por un cura.

Hace pocos días iban la *mar* de *cucarachas* por las calles de Vinaroz, tan satisfechos y tan orondos, cantándole *joberas* á un difunto.

Al pasar por un callejón estrecho, un marino, naufrago de un brik-barca noruego, tuvo la desgracia (porque es una desgracia) de encontrarse con los *cleripopótamos*.

Uno de ellos, Cristóbal, se encaró con el extranjero, y con esa amabilidad que usan los del ramo, le exigió que se quitara el sombrero. El noruego se hizo el sueco con justísima razón y permaneció cubierto. Entonces el cura perdió las bridas de la prudencia, y dijo: «¡Alto el entierro!» Y mandó á un sacristán á buscar un guardia para que prendiese al marino.

Arrimó el sacristán á una pared la cruz que llevaba, y echó á correr como un demonio, cual si dijera: — Ahí queda eso mientras voy por ése.

Mientras volvía el mensajero, los *cuervos* se

entretuvieron en marear á la presunta víctima, que, aunque no entendía el idioma, comprendió que trataban de obligarle á un acto que repugnaba á su conciencia, y les hizo entender como pudo que le era imposible acceder á su petición, por ser protestante.

Al ver que tardaba el sacristán, el amigo Cristóbal bramaba de ira, aunque no tanto como cuando le vió llegar solo, porque no había encontrado municipal ninguno.

Despechado y dándose á Barrabás, el cura arengó á los circunstantes, diciendo:

— Ustedes serán testigos para cuando lleve á éste á los Tribunales. ¡Adelante con el muerto!

No sé en qué parará el asunto; pero apuesto doble contra sencillo á que no le sientan la mano al *cuervo* por esta violencia.

Excuso añadir que me alegraría perder.

El 7 del actual, una profesora de instrucción primaria en Osuna, acompañada de varias niñas de su colegio afiliadas á la congregación *Hijas de María*, acudió á la iglesia de la Concepción con objeto de que sus educandas confesasen.

Requerido un presbítero que allí había, contestó que no podía detenerse, porque aún no había comido, añadiendo que después de comer tenía por costumbre pasear.

Pasó la profesora con las niñas á la iglesia de Santa Clara, y el cura que en ella encontró excusóse también, por tener que confesar á tres monjas que le darían *trabajo* hasta el anochecer.

No se desanimó la profesora, sino que se trasladó con su acompañamiento á la Colegial y trató de encajar la carga al único sacerdote que halló á mano, quien escurrió el bulto, pretextando que su madre estaba enferma y no tenía gusto para nada.

Torció la buena señora el rumbo, y fué á parar á la iglesia de las Descalzas, donde le manifestó otro presbítero que no le agradaba confesar niñas.

Resultado: que las *Hijas de María* se quedaron con las ganas de confesar.

¿Y no se explican mis lectores el por qué? Pues yo sí. Porque eran niñas.

Hubieran tenido esa encantadora edad que permite á los presbíteros meterse en honduras, y el primero con que tropezaron las habría recibido en confesión.

De seguro que los presbíteros que leen EL MOTÍN (casi todos) se sonríen picarescamente al leer este comentario, y dicen para su balandrán: ¡Pero cómo nos conoce el que escribe las *Flores*!

Bronca y bofetadas en una calle de Alcalá de Henares.

Un cura y un sombrero de teja ruedan por el suelo, mientras graniza que es una hermosura, cual si la Divina Providencia se divirtiese en tirar chinitas sobre la coronilla del *pater*.

El que sacude los *trompis* es un caballero seglar, y el beneficiario un canónigo de dicha población, ya conocido de los lectores de EL MOTÍN por una excursión balnearia que hizo acompañado de una dama, con ocasión de la cual resultó una *pella* y una demanda judicial.

¿La causa de la riña? La ignoro, aun cuando sospecho que debió ser por cuestión de faldas ó de céntimos, polos del planeta clerical.

Lo que tampoco sé es si tendría alguna relación con esta cachetina el siguiente párrafo que atizó á sus oyentes un predicador, doliéndose de la desdicha de su colega:

«Allá en lo antiguo, las madres entregaban las doncellas á los sacerdotes para su educación, y se les tenía respeto y veneración; hoy para nada se hace caso de ellos; se les apalea en medio de los sitios públicos, como ha sucedido hace pocas horas...» etc., etc.

Tiene razón el amigo. Ahora no les dan las doncellas, por la sencilla razón de que ellos se las toman... cuando los dejan; y tocante á los palos, conste que, según el leal saber y entender de FRAY MOTÍN, no se les propinan ni la millonésima parte de los que merecen.

Que tal anda la justicia en este oscuro valle de lágrimas.

Un nuevo milagro de la Virgen de Lourdes:

«Siete años ha que una joven, Celestina Dubois, se introdujo una aguja en la mano. No habiéndosele podido sacar, la mano se le puso hinchada y dolorida, rígidos los dedos, contraídos los tendones, sensibles los nervios.

«Varias tentativas inútiles habían hecho los médicos para extraer aquel cuerpo, y al partir la enferma de París declararon que éste se hallaba en el hueco de la mano. Con la presión se conocía el sitio, y por una reciente incisión veíase confirmado el hecho.

«Apenas introdujo la enferma su mano en la piscina de Lourdes, sintió pesadez, seguida de violento dolor. Una amiga que la acompañaba le mantuvo la mano en el agua, y ¡cuál no fué su estupefacción al ver que los dedos, hasta entonces cerrados, se abrían y que, sacada la mano del agua, la aguja empezó á salir por la extremidad del dedo pulgar!

«En pocos minutos, la aguja había recorrido sola seis centímetros de camino. No hubo más que agarrarla de la punta y sacarla sin dificultad. La mano ha quedado completamente curada, sin dolores ni inflamación, y funciona como si jamás hubiera dejado de maniobrar.»

Es lo que yo vengo diciendo hace mucho tiempo.

Aunque la sociedad está pervertida y los curas se ven y se desean para llenar el pucherete, todavía no estamos tan dejados de la mano de Dios: aún se hacen milagros en Lourdes.

En prueba de ello me decía un cura, aragonés por cierto:

—Fuí á ver la Virgen de la *gluta* y ¡mía tú qué demonio! ¡Un monago me robó el bolsillo en francés, ni más ni menos que los granujas de Zaragoza!

Por si no tenía bastante que hacer metiendo en cintura á los *clerizánganos* peninsulares, *La Verdad*, de Tenerife, me endosa un *curiana* (el de Icod) que, según parece, es de oro.

Ahora dicen que está en el último grado de *chifladura* por una *barbiana* que se llama Lola, y que le trae á mal traer; y por otra llamada Pepa, que no le lleva á buen llevar.

Dando una lección práctica al burro de Búridan, que vacilaba entre dos piensos, mi valeroso presbítero se ha encargado de satisfacer las necesidades... espirituales de las dos, y las confiesa en la sacristía, á turno par é impar respectivamente.

Por lo que nunca me cansaré de elogiarle, es por la gran prudencia que demuestra al cerrar la puerta cuando verifica aquella operación, pues sería un demonio que el acólito que le sirve de cartero para con sus amigas se colase de rondón por la sacristía á interrumpir la confesión en el momento más culminante. Cada cual cumpla con su deber: el cura á sus confesiones, y el *sotanilla*... á sus velas.

Cuanto á lo demás, no me extraña que, después de terminadas sus faenas espirituales, tenga tan buen apetito, que se coma una barbaridad de carne. Esos trabajos tan continuos no hay hombre que los resista, y apenas si los pueden resistir los curas.

Villaharta se llama un pueblecillo de la provincia de Córdoba, y efectivamente, más que hartos están sus habitantes del *curanfíbio*, que es un águila en esto de procurarse el vil metal.

Para probar si es aprovechado, bastará con decir que hasta comercia en velas, y no permite que las beatas lleven á la iglesia candelas místicas que no hayan sido compradas en el despacho parroquial, porque dice que las de otra procedencia *le manchan los paños de los altares*.

Acontece que en el pueblo (como en todos los de corto vecindario) casi todos son parientes, y aquí te quiero ver, escopeta; mejor dicho, allí hay que ver al *parrocán* trabajarse los cuartos con eso de las dispensas.

También parece que se mete á pupilero de los pacientes ricos que van al balneario de aquel punto, pues á los pobres se los endosa á las casas de huéspedes y á la fonda del pueblo, para que hagan negocio y todos vivan, ya que todos somos hijos de Dios.

Creo que alguna exageración habrá en lo que me dicen; pero, aun descartando una buena parte, siempre resultará que es un presbítero de *pe y pe* y doble sobrina.

Capítulo... De cómo se las arreglaba el *cuca-*

racha Lorenzo, *ex-clerigorrón* de Nalda (Logroño), hoy residente en Arnedillo.

Cuentan, no sé si verídicos ó calumniosos autores, que apenas se levantaba y sacudía las orejas, empezaba sus cotidianas fechorías, que eran muchas y muy productivas para su bolsa.

Convencido del poco pelo que había echado su antecesor casando por dos miserables pesetas, estableció una tarifa que, según la calidad de los contrayentes, variaba de tres á veinte pesos.

Llegaba un feligrés y le decía:

—¿Cuánto me lleva usted por casarme?

—Tres... cuatro... diez ó veinte duros—contestaba el *pater*.

—¿No puede ser más barato?

—Ni un céntimo menos.

—¡Demonio! ¡Cómo han encarecido los Santos Sacramentos! El otro cura casaba por ocho reales.

—Pues yo no lo trabajo menos. Mi antecesor no tendría más que un ama, y ésa sería muy económica. Yo tengo dos que me comen un costado y me gastan un dineral en trapos y viajes. Conque, si acomoda, andando; y si no, á la calle.

¡Qué enérgicos son los curas cuando ventilan cuestiones de intereses!

«¡Los Santos Juanes te valgan!», dijo una beata valenciana viendo caer desde una cornisa del piso segundo al campanero mayor de la iglesia titular de tan excelsos varones.

Acaso la súplica no subió al Cielo con la velocidad necesaria, porque, cuando los Santos se apercibieron del caso, no pudieron hacer más en obsequio del repicante que ofrecerle el pavimento del templo para que se rompiese la crisma. Como así sucedió.

Esto me recuerda un milagro de San Vicente:

Hallábase en construcción el templo dedicado al insigne hijo de Valencia, y un albañil de los que trabajaban en la obra se cayó desde la altura de un piso tercero.

Hombre de inaudita serenidad, tuvo la suficiente para asirse á uno de los andamios más bajos, y no descender al suelo.

—¡Milagro! ¡milagro! ¡El Santo le ha salvado!—dijeron todos cuantos presenciaron el suceso.

—¡Valiente milagro!—respondió el albañil irónicamente.—Mis uñas me han valido, que la intención del Santo bien conocida estaba.

Oye tú, *parroquidermo* de Capelaina (Granada): nada te digo porque te las tires de valiente, prevalido de que hasta ahora no ha habido en el pueblo quien te haya roto una pata; pero si quisiera que me contestaras á esto:

¿Es cierto que á la viuda de un zapatero le has exigido doscientos diez reales por el entierro de su esposo?

¿Lo es también que, no pudiéndote pagar, has tenido el cinismo de venderle los muebles, sin advertir que la pobre se halla tan necesitada que ha tenido que ponerse á servir para ganar su sustento y el de un hijo que le ha quedado?

¿Piensas que abusando así de una débil mujer, llevando un garrote á diario, y diciendo que éste lo mismo te sirve para apoyarte que para obsequiar á cualquiera, es como se adquiere fama de valiente?

Pues te aviso que no te fíes del agua mansa, porque tanto vas abusando, que no tendrías nada de particular que un feligrés poco sufrido te soltase un estacazo y te reventara, cosa que yo lamentaría... si tardase mucho en ocurrir.

Del llanto á la risa, de lo sublime á lo ridículo, no hay más que un paso.

Supónganse mis lectores la capilla de la Concepción de Guadalcanal llena de bote en bote, y al *pater* encaramado en el púlpito, dispuesto á recibir las inspiraciones del Espíritu Santo para transmitir las á los fieles.

La voz del Paráclito va á dejarse oír por boca de... su ministro; éste saca el pañuelo, se limpia los labios, dirige al espacio una mirada demandando luces divinas, y oye... un estrepitoso ruido, mal sonante y peor oliente, con que al-

guna beata bien comida se prepara á recibir la palabra de Dios.

Los devotos sueltan el trapo á reír, y en toda la iglesia no se ven más que pañuelos blanquísimos, que no parece sino que tributan una ovación á la inoportuna salida de la beata.

Y cuentan que un piadoso feligrés, que acostumbra á ver la intercesión divina aun en las cosas más humanas, decía lleno de emoción:

—¡Es un himno de alabanza que ha salido por el registro bajo!

Hallándose en plena luna de miel una joven de Manresa, ha desertado del hogar matrimonial, dejando á su chasqueado esposo una carta, en que le decía:

«Querido esposo: No te quede ningún sentimiento respecto lo que sabrás mañana de mí. Dios te consuele en tus penas; no estoy aborrecida de ti, lo estoy de este mundo y de sus miserias. Consuélate en tus cosas, pues veo que tienes más cordura en todo que yo; yo soy frágil, no sirvo para este mundo engañador.

Esposo de mis entrañas; no me has faltado en nada, yo te faltó: perdóname por Dios, pues estoy cansada de este mundo, y lo que más siento es haberte faltado; ya ves tú mismo que todo cuanto he hecho sólo ha sido hacerte sufrir. Todo mi dote y todo cuanto tengo, todo te lo doy de buen corazón. Adiós, amor mío; en el otro mundo nos veremos, si Dios quiere. Adiós, último adiós.—M. P.»

El cura ó el fraile causa de la separación (porque indudablemente uno de esas dos clases ha sido), no ha tenido aún la honra de deshonrar la cárcel con su presencia.

Dicen que el esposo burlado está que bufa, y por mi patrono Belcebú que no lo comprendo. Si se casó con mujer aficionada á la iglesia, ¿qué menos podía esperar?

La Sociedad Laica de León arrendó, para establecer una escuela, un local en la calle de la Misericordia.

La dueña de él, ajena á que se estaba preparando un puestecito en el Infierno, cobraba los alquileres que puntualmente pagaban los arrendatarios, hasta que dos caritativos *cuervos* le enumeraron las llamas, latigazos y mordiscos que se iba á chupar en casa de Lucifer si no rescindía el contrato en cuestión.

Resistióse la buena mujer con fútiles pretextos, que le parecían justísimas razones, y entonces los *cucarachas* le ofrecieron... ¿mayor renta por la casa? ¡Quí! No asistirla ni aun en caso de muerte, para que se la llevasen los demonios.

Amenazas que deben tenerla sin cuidado, mientras los laicos cumplan estrictamente las condiciones del contrato, y lo mismo si no las cumpliesen.

El demonio es hoy un personaje bufo, del que se ríen hasta los mismos que explotan su nombre para llenar el estómago.

Éranse que eran dos individuos católicos, apóstólicos y romanos hasta la brutalidad.

El uno se llamaba D. Pablo Calvet, y el otro era conocido por Manolo Rimont. Este se había permitido el lujo de emborronar en el *Diario de Barcelona*.

Ambos prójimos concibieron la idea de dar un *timo* á los incautos, y fundaron un centro ó caja de ahorros para uso de criados de ambos sexos, cocheros, cocineros, pinches, etc.

Y aconteció que hubo muchos candorosos que llevaron sus metales al susodicho centro, y que se quedaron sin un céntimo, porque los piadosos fundadores se vieron secuestrados por unos miles de duros que les condujeron á Francia.

¡Fíense ustedes de los católicos, apóstólicos, romanos!

Veinte honrados vecinos (padres de familia en su mayor parte) constituyeron en Logroño una sociedad musical, y, con objeto de ganar el sustento para sus familias, establecieron salón de baile público con permiso de las autoridades.

Y un *curiana* llamado Santiaguillo Peña se ha dado á rebuznar contra la sociedad referida y contra *El Embalat*, nombre que lleva el salón.

Hace pocos días dicen que dijo desde el púl-

pito: «En *El Embalat* se embalan hombres y mujeres.» Si es chiste, no le veo la punta, pero sí la envidia que le causa el que las jóvenes vayan á bailar honestamente y no caiga una por el confesonario para entretener al *pater*.

En el *Suplemento* al número pasado interpretamos mal un punto de la carta en que se nos hablaba de lo que ocurría en el Colegio de San Luis de los Franceses.

No están las niñas que á él concurren expuestas á perder la salud porque no les permitan llevar todo el abrigo que quieran, sino porque no todas llevan el abrigo necesario para desafiar impunemente las corrientes de aire que se establecen al abrir las monjas las ventanas de las clases estando las niñas en ellas.

Deshecho el error, pasemos á otra cosa.

Los frailes de Uclés continúan pastando en las fértiles vegas de Huelves, y armando sus *martingalas* todos los domingos y fiestas de guardar.

En las rifas se corren á dar á los agraciados por la fortuna un libro, una estampita ó cualquier chuchería parecida, á cambio de muy buenos cuartos que por este y otros medios se trabajan.

El Señor los proteja y les dé salud para dar *timos*. Después de todo, no tienen la culpa ellos.

Pregunta *El Cencerro*:

«Y por fin ¿se averiguó quién fué aquel abejorro Tenorio que á media noche salió de una casa no muy sagrada, y se enredó á tiros y estacazos con dos ciudadanos pacíficos?»

«Pues me parece á mí que el Juzgado de Ronda, porque en Ronda pasó el sucedido, debía tener empeño en encheronar á ese *apaga-velas*, que creo fué voluntario del batallón del Requeté.»

Me opongo resueltamente á que se encierre á los curas por tales pequeñeces.

¿Qué sería de mí, estando en la trena todos los que me proporcionan materia para estas *místicas flores*?

Porque no me formo ilusiones. Prendiendo á los curas por tonterías tales como la de andar á muchachas y á tiros, no quedaba muy pronto ni uno sólo en libertad.

Lo repito. Voto contra *El Cencerro*.

Dije hace poco tiempo, que del ex-convento de la Merced de Ronda había desaparecido una colección de magníficos cuadros de la vida de San Pedro Nolasco, y todavía no sé quién la ha secuestrado y después regalado ó vendido á un convento de Mercedarias, en Granada, donde dicen que actualmente se hallan.

Si el D. Juan Nepomuceno, provisor que fué de la diócesis de Granada, y hoy *canonigorrón* de la catedral, tuviera alguna noticia de esto, y quisiera satisfacer mi curiosidad, ¡cuánto se lo agradecería!

Hundióse una casa en la calle del Tinte (Ciudad-Real), y el excelso prelado dió á las víctimas de la catástrofe *tres pesetas*, previo memorial, idas, venidas, investigaciones, etc.

Este noble rasgo de caridad cristiana, contrasta con la indiferencia punible de los jornaleros de la vecindad, que se contentaron simplemente con exponer su vida para sacar á tres infelices de los escombros y ceder después sus lechos para los heridos.

Estos son los amargos frutos que produce la impiedad en estos tiempos malaventurados.

Ya tenemos otra vez á *Cara-Ancha* en Riotinto después de la *juerguecita* que se ha corrido en Galarozas.

Por cierto que no ha perdido el viaje y se ha descolgado en su casita con dos caballerías cargadas de peras, nueces y castañas, que le han regalado las beatas galarozanas.

El que debe estar insoportable, es el cura del pueblo donde tanto le obsequian, porque dirá, y con mucha razón: «Ese maldito siempre viene á espantar los cuartos de mis beatas y á llevarse la mar de chucherías.»

Al cura de la Esperanza (Habana) le llaman padre Porrero, y es tan consecuente con su apellido, que aporrea á los fieles con cada divino disparate, que hay que agarrarse á una reja para no caer de espaldas al oírle.

En un tris estuvo que no le echaran el acial un día, por no haber Dios que le hiciese desistir de su idea de pronunciar un sermón contra el Sr. Labra y demás diputados liberales que han contribuído á la abolición del patronato.

¿Cómo se arreglará el *pater* para ocuparse en asuntos políticos, cuando es fama que se pasa el día y la noche en el café jugando al *pitintín*?

Para tipos como él sólo debe haber una política: la de los reyes... de la baraja.

Un suscriptor de Orense, que tuvo la humorada de comprar unos cuantos números de *EL MOTÍN* y repartirlos entre beatas y seminaristas, se admira de que los guardaran con tanta estimación como si fuesen reliquias.

Yo no, porque sé cuánto les gusta á los católicos el fruto vedado, y que *EL MOTÍN* es para ellos la tentación.

Si se empapan en sus salvadoras doctrinas y se moralizan, nunca dinero alguno estuvo mejor empleado.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Almería.—¿Qué le parece á usted de una joven que se encuentra á la muerte á consecuencia de haber ido de plañidera honoraria en el entierro del obispo, en un crudísimo día de frío, por mandato de sus fanáticos padres?

—Que la Tierra va siendo estrecha para mantener tanto pedazo de... católico.

—¿Y qué diría usted si supiera que, en vez de acudir á los remedios que la Ciencia indica, le colocaron sobre la parte dolorida la bufanda que usaba el obispo, con más un pedazo de trapo de no sé qué prenda interior, dándole además unas fricciones con unos guantes usados por el propio señor?

—Diría lo mismo.

Madrid.—¿Que si tengo noticia de que en una casa de la calle de la Reina habita un cura con su correspondiente esposa mística, y que ésta tiene una hija de catorce años, sin perjuicio de lo que pueda resultar de no sé qué embarazoso asunto?

—¿Que si sé que el ama del cura y la hija del ama del cura arman una pelotera cotidiana con sus vecinas del piso tercero?

—¿Que si ha llegado á mis oídos la batalla campal que riñeron ambas familias en plena escalera hace pocos días, y de la cual salieron el ama del *pater* y su hija con un mapa-mundi de arañazos?

—No sé una palabra, pero se lo preguntaré á un virtuoso sacerdote llamado Salustiano, que vive en el número 14 duplicado de la referida calle, y acaso él pueda informarme de lo que ocurre.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Plano de Madrid, publicado por los topógrafos D. Benito Martínez y D. José Méndez.

Este plano está en escala de 1:10.000, reducido con la mayor precisión del publicado en 1877 por el Instituto Geográfico y Estadístico, que es el único trabajo de perfecta exactitud que se ha publicado de este género. Mas como quiera que desde aquella fecha ha experimentado la población de Madrid variaciones muy importantes, los individuos arriba indicados, después de suministrarse por sí mismos los datos, los han incluido en el plano original y lo han grabado y estampado por su cuenta. Es de advertir que en este Plano, merced á ser su escala menor que la del ya citado del Instituto Geográfico, han extendido los datos del término de Madrid hasta su confín en la parte Sur y Oeste, comprendiendo de este modo muchos más detalles que el de 1877, como son los barrios de la Guindalera, la Prosperidad, Plaza de Toros, las Ventas, etc., etc. Contiene, además, todos los edificios públicos, con sus plantas detalladas, entre los cuales se ve la Exposición Nacional, nuevo Banco de España, la nueva Bolsa, Escuela de Caminos, la de Artes y Oficios, Museo de Ciencias, Cuartel de Inválidos, Cárcel-Modelo, etc., etc. Comprende también todas las líneas de tranvías con sus estaciones, las nuevas vías férreas, división de los distritos, proyecto de la gran vía y otras calles, modificaciones proyectadas en el Parque de Madrid y Campo del Moro, y, en fin, otras muchas en el interior y exterior de la población que sería prolijo enumerar.

En todo el Plano van marcadas las curvas de nivelación, con sus cotas de diez en diez metros, para conocer la altitud de cualquier punto con relación al nivel del mar.

Finalmente, para mejor inteligencia, acompaña á cada Plano una guía detallada que expresa la situación de las calles, edificios públicos, embajadas y consulados, teatros, etc., etc.

Para la venta pública, su precio es de *cinco pesetas*, y

se vende en las principales librerías y en la Administración de *EL MOTÍN*.

Agenda de Bufete ó Libro de Memoria diario para el Año de 1877, con noticias, Guía de Madrid y el calendario completo.—Contiene: Reducción de las monedas francesas á las españolas y viceversa.—Reducción de reales á pesetas y céntimos de peseta.—*Sistema decimal*: Cuadro de pesas y medidas: su mutua relación, su correspondencia y la etimología y formación de sus denominaciones y sus tablas de reducción.—Cambio entre España y Francia y entre España é Inglaterra.—Modelo de recibos.—Modelo de letra ó pagaré.—Reducción de reales á maravedís.—Equivalencia de las monedas portuguesas á las españolas.—Reducción de monedas extranjeras á la par legal en pesetas y céntimos.—Indicador de los ferrocarriles.—Calendario completo para toda España.—El diario en blanco.—Tarifas de Correos, *Paquetes postales* y Telégrafos.—Tarifas de Arbitrios y de Consumos.—Tarifas de Carruajes.—Tarifas de las Cédulas personales.—*Guía de Madrid*.—Familia Real.—Establecimientos públicos.—Edificios públicos.—Escuelas é Institutos.—Agentes de cambio.—Agentes de negocios.—Arquitectos.—Banqueros.—Corredores.—Procuradores.—Maestros de Obras.—Notarios.—Tribunales.—Teatros.—Tranvías y calles de Madrid.

Es el libro más útil de todos los publicados hasta el día, y demasiado conocido para encarecer su necesidad absoluta para todos. Nos limitaremos, por lo tanto, á decir que se han hecho *cuatro ediciones*; sus precios son desde *una peseta* hasta *tres*, hallándose al alcance de todas las fortunas y necesidades.

Se halla de venta en la librería editorial de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las librerías del Reino.

Hemos recibido un ejemplar de la preciosa edición de lujo del *Calendario Zaragozano*, por D. Mariano Castillo y Oesiero. Contiene dicho almanaque muchas curiosidades. Elegantemente encuadrado en tela y planchas de oro, con la Guía completa de Madrid, establecimientos públicos, distritos, barrios de cada distrito y calles de cada barrio, con las campanadas para los casos de incendio, *una peseta*. El mismo, con el Plano de Madrid, el de España y un Cuadro de pesas y medidas del sistema métrico-decimal, en cinco colores, *una peseta cincuenta céntimos*. Se vende en todas las librerías y tiendas de objetos de escritorio. También pueden pedirlos á la Administración, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid, enviando su importe en sellos de *quince céntimos*.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á *EL MOTÍN*.

Se vende en la Administración al precio de tres pesetas.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías.

Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones, y los que tengan derecho al ALMANAQUE, y no lo hayan recibido antes del día 15 del actual, se servirán pasar aviso.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición. Precio dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier. Precio dos pesetas.

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

MADRID: 1886.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4